

LA GUERRA A LA IGLESIA

De la hermosa Carta Pastoral que el Ilmo. Sr. Arzobispo de Bogotá acaba de dirigir á los fieles, tomamos los importantes párrafos que siguen :

“ Mas para que la vista del mal nos obligue á buscar el remedio, y la del combate nos estimule á luchar con denuedo, consideremos las batallas que al presente se libran contra la fe de Cristo. Si la institución del Salvador no fuera indestructible, el medio más seguro para hacerla desaparecer, sería indudablemente asestar los tiros á la cabeza que rige y gobierna el cuerpo. Para derribar un edificio, nada más eficaz que socavar los cimientos y arrancar las piedras angulares que lo sostienen. De aquí que el Supremo Pastor de la Iglesia, sucesor de San Pedro, Vicario de Cristo en la tierra, depositario de la autoridad y doctrina infalibles y dispensador de las gracias y méritos del Redentor haya sido, sea y continúe siendo el blanco de los más formidables ataques. Los tiranos de los primeros siglos ensangrentaron la Sede de Pedro dando muerte á un Papa después de otro. Vino luégo la lucha de los Pontífices romanos con los príncipes, pueblos y particulares que propalaron y sostuvieron errores, cismas y herejías con el fin de anular el poder del Supremo Pontificado. Respecto á la edad presente, baste recordar que la última centuria registra en sus anales las prisiones y cadenas de dos Pontífices, los ataques personales al inmortal Pío IX, los insultos á sus venerandas cenizas cuando fueron transportadas, bajo la fingida garantía de un gobierno usurpador, al lugar que el mismo Pontífice se había escogido en vida para descansar en paz. Hechos son estos que nadie ignora ; y Nós mismo, durante nuestro ya largo episcopado, hemos tenido ocasión de mencionarlo repetidas veces en documentos oficiales, en uno de los cuales dijimos, uniéndonos en causa común con los Prelados del Orbe: ‘ Protestamos contra los ultrajes que diariamen-

te se irrogan á Nuestro Santísimo Padre el Papa, y contra el despojo de sus temporales dominios.... Era preciso, añádfamos, excogitar algún medio de herir más profundamente el corazón del Pontífice, y de pregonar además de modo permanente el odio que los sectarios profesan á ese anciano, no tanto como á Soberano temporal, ilegítimamente despojado de sus dominios, cuanto como á Jefe de la Iglesia y Vicario de Cristo en la tierra.... Para realizar su criminal intento, declamos también entonces, las sociedades secretas, obedecidas por las autoridades civiles y municipales de Roma, obtuvieron que se alzara allí mismo, en una de las plazas principales, la estatua de un hombre que personificara la guerra, no ya al poder temporal de los Papas, sino á Dios, por la doctrina que ese hombre profesó y enseñó; la guerra á la fe, por la doble apostasía de que se hizo reo; y la guerra á la moral, por la corrupción de costumbres que él también enseñó y practicó. Aquel hombre era Jordán Bruno, quien cristiano y religioso, renunció á sus creencias, así como á los votos solemnes que hiciera libremente, para ir recorriendo los países protestantes, Inglaterra, Alemania y Suiza, y hacerse odioso hasta á aquellos mismos, con sus aseveraciones y blasfemias’ (1).

Hemos juzgado oportuno recordaros lo que dejamos transcrito, porque además de los insultos que anualmente se lanzan contra el Sumo Pontífice desde el pedestal de la estatua de Jordán Bruno, hánse multiplicado recientemente los ultrajes. Hace pocas semanas que la Asociación denominada *Giordano Bruno*, enemiga feroz de la Iglesia, fijó su residencia á pocos pasos del Vaticano, mansión del Sumo Pontífice. Tal residencia fue adornada con la imagen de mismo Bruno y con la del afamado revolucionario Ferrer, cuyas hazañas han sido juzgadas por Dios y por la ley, y en toda justicia condenadas. Sobre esa residencia flameaba una bandera negra, que significa guerra á Dios y á la Iglesia; y con el asentimiento de aquellas autoridades que un

(1) Pastoral para la Cuaresma de 1896.

día se comprometieron á hacer respetar la persona y la autoridad del Papa, se pronunciaron discursos de odio vehementísimo y se afirmaron más los designios de la masonería italiana, enunciados sin rebozo hace ya muchos años por el patriarca de la secta, con las siguientes palabras: 'El pueblo italiano está llamado á destruir el catolicismo en nombre de la revolución permanente' (1).

Bien quisiéramos que tal no fuese el programa de los enemigos de la Iglesia en las naciones todas del antiguo y del nuevo continente; pero desgraciadamente unos mismos son dondequiera los intentos, y uno mismo el lenguaje de los sectarios. Y nuestra afirmación queda comprobada en nuestra Patria con los deplorables sucesos de los últimos tiempos. En manera alguna queremos demandar justicia contra los ultrajes irrogados en las calles y plazas á las autoridades civiles y á las personas eclesiásticas, aunque sí llamamos vuestra atención, carísimos hermanos, para que consideréis hasta dónde ha ido el desenfreno de la prensa en el empeño de ofender las creencias católicas, hacer mofa de las instituciones más sagradas y suscitar odio contra el Papa y contra su representante. Gran parte de nuestra juventud estudiosa ha hecho uso de la pluma para ultrajar á la Iglesia y para pedir la supresión de maestros encanecidos en la enseñanza, á quienes no puede hacer otro cargo que el de ser sacerdotes instruidos y expertos, amantes de sus discípulos, y tener ardiente celo por la virtud y por la verdadera ciencia. ¡Imperdonable crimen! En cambio los que se arrojan el derecho de representar las ideas de la juventud universitaria, desentierran escritos cubiertos de polvo para hacer el panegírico de aquellos que, habiendo sido por el bautismo hijos de la Iglesia y recibido sanas enseñanzas, desertaron luego de la milicia de Cristo, propagaron malas noticias y exhalaban el último suspiro sin querer arrepentirse, ó quizá más bien, sin haber tenido tiem-

po ni libertad de abrazar la cruz de Jesucristo, derramar una lágrima de contrición y alcanzar misericordia y perdón.

Los motivos que nos impulsan á rememorar los hechos apuntados, no nacen del odio, ni de la venganza, sino del pesar que nos aflige al ver cómo se pervienten las almas y cómo éstas se olvidan de Dios y de los beneficios que de El han recibido, y cómo hay tantos malos cristianos que aleccionados por peores maestros, apostatan de la fe. Hé ahí la razón por qué no cesamos de levantar la voz siempre que nos es dado, para llamar á todos los hijos que el Señor nos ha confiado y rogarles, por las entrañas de Cristo Nuestro Redentor, que conformen la vida con la fe que recibieron en el santo bautismo y que tornen á la práctica de los deberes cristianos."

Crónica del Colegio

En la *Crónica* anterior se equivocó por el de Marco Tulio el nombre del Sr. Dr. D. Manuel José Barón, Magistrado que fue del Tribunal Superior del extinto Departamento de Quesada, y lo ha sido del de el actual de Cundinamarca, catedrático ahora de *Procedimiento judicial* de nuestra Facultad de Jurisprudencia, cargos que, amén de otros varios, ha desempeñado con todo lucimiento. Aquella misteriosa unión que se establece entre las personas y sus nombres propios, á tal punto de hacer una sola cosa de ellas y ellos, tratada ya tan aiosamente en esta *Revista* por la ática pluma de D. José Manuel Marroquín, hace que cualquiera alteración cause á veces en el ánimo una de las pequeñas pero reales contrariedades de la vida, y que abochorna siempre más al que la hace que al que la recibe. Quede, pues, enmendado aquel involuntario *lapsus calami*, por el cual pedimos bondadosa excusa al notable juriconsulto:

(1) Mazzini. *La iniciativa revolucionaria de los pueblos.*